



Luis Sánchez Latorre

El poeta chileno-mallorquín

“Libro de todas las cosas y de muchas otras más”, decía Quevedo de uno de sus libros. Curiosamente, sobre Juan Florit, poeta que fue más bien quitado de bulla, se publica ahora un soberbio volumen (Editorial Cuarto Propio) de alrededor de 500 páginas al que cabría aplicar la definición de Quevedo. En propiedad, la portada reza así: “Juan Florit, caudillo de los veleros. Vida, poesía & prosa. Introducción, recopilación, bibliografía y notas: Andrés Florit Cento”. Diversas fotografías de distintas épocas del poeta Juan Florit completan la ilustración de la cubierta.

Tratemos de explicarnos el fenómeno de esta novedad. En primer lugar, no sólo la totalidad de la obra escrita por Florit se incluye aquí. También el aire de su tiempo. Escribe el autor, sobrino nieto del poeta: “Éste es el primer intento de reunir y estudiar las Obras Completas del poeta chileno-mallorquín Juan Florit, personaje poco

conocido de la generación de 1920 que por largos años mantuvo su obra inédita, viéndose limitado sólo a algunos poemas en revistas y antologías”.

La biografía de Florit aparece muy bien expuesta en un escrito del argentino César Tiempo, de 1963: “Todos los



Según Juan Florit, su primer encuentro con la poesía lo tuvo a la salida del colegio, al divisar a un admirable anciano que se entretenía en limpiar su bello jardín. Con el tiempo supo que ese noble caballero era nada menos que Eusebio Lillo.

antepasados de Juan Florit fueron mallorquines, excepción hecha de su abuelo materno, que nació en Segovia. En su familia hubo gente de mar, pilotos y contramaestres. Y también industriales, toneleros y hasta un artífice de la ebanistería”.

En 1907, don Pedro Florit Capó, el

padre, viaja a Santiago de Chile, donde vive hasta 1908. Volvió a Mallorca a principios de 1909 a buscar al resto de la familia, desde donde partiría con ellos de vuelta a Chile, país en el que se radicaría definitivamente. Entonces Juan Florit era todavía un niño. “Al corto

tiempo es matriculado en el Liceo Chileno, situado en la Plaza Yungay, en la que siempre veía a un joven de magnífica estampa señorial, paseando y leyendo en voz alta, acompañado de amigos. Un personaje único, que atrajo su curiosidad de niño”, escribe Andrés Florit. Se trataba evidentemente de Augusto

d’Halmar.

Según Juan Florit, su primer y gran encuentro con la poesía lo tuvo en las tardes, a la salida del colegio, cuando en una casona de la calle Chacabuco con Santo Domingo divisaba a un admirable anciano que se entretenía en limpiar su bello jardín, cortando desde luego las rosas marchitas. Pasó el tiempo y supo que ese noble caballero era nada menos que Eusebio Lillo.

Luego llegarían los años de la juventud, de los grupos literarios, de los “ismos” -por de pronto del Grupo Ariel, a cuya cabeza tuvo el honor de figurar- y de las cabriolas estudiantiles en los tranvías. En fin, todos los nombres del año 20 y de las peripecias intelectuales de una gran generación se dan cita en estas páginas.

El hecho más notable es que Florit perteneció al orden de los poetas que trabajan para exaltar a sus congéneres y no para sacralizar su propio ego, porque el gremio se divide en budas vivientes y en esclavos de su finca.